

CAPITULO XXIX.

Felipe V planta sus reales en Casa-Tejada.—El Archiduque evacua á Madrid.—Accion de Brihuega.—Batalla de Villaviciosa.
Festividad de Desagravios instituida por Felipe V.

Después de un consejo de generales, que presidió el Rey, para acordar las medidas que debían adoptarse, resolvióse que el marqués de Bay volviese á la frontera de Portugal para impedir que de ésta viniesen nuevas fuerzas á unirse con el ejército confederado de Madrid; que Valledo y Bracamonte siguieran operando como hasta aquí, cubriendo Castilla la Vieja, la Mancha, Toledo y Madrid; que la Reina y sus damas se trasladasen con los Consejos á Vitoria, que Vendome quedara de generalísimo de las armas de Castilla; que Noailles volviera á Perpiñan, y con las tropas del Rosellon, penetrando en Cataluña, pusiera sitio á Gerona. El Rey había de poner sus reales en Casa-Tejada.

En su consecuencia, el 3 de octubre salió el Rey de Valladolid, y pasando por Salamanca, donde sólo se detuvo un día, dirigióse por Plasencia á Casa-Tejada, y allí fijó sus reales.

Vendome se situó en las riberas del Tajo, desde donde, observando á los aliados, les impedía toda comunicacion con Portugal.

En tanto que Bracamonte y Valledo seguían su sistema de no dejar descansar á los contrarios, el conde de Aguilar se dedicaba con su acreditada actividad á la formacion de un nuevo ejército. Castilla, Extremadura y Andalucía acudieron gustosas á facilitarle hombres y recursos, de manera, que al mediar el mes de noviembre, los restos del ejército de Zaragoza contaban ya, bien armados y provistos, hasta cuarenta batallones y ochenta escuadrones.

Ya con este refuerzo, Vendome pudo prepararse, no solo á resistir, sino á ir en busca del enemigo; y al efecto distribuyó las tropas del modo que creyó más conveniente. El Rey se situó en el puente de Almaraz interceptando el paso á Portugal.

Viendo el Archiduque la imposibilidad de abrirse paso por la frontera portuguesa, en atencion á las fuerzas considerables que Felipe había podido aglomerar por aquella parte, y que á Staremberg le era imposible conseguir que Vendome alterase su plan de defensa, y viendo que carecía de simpatías en Castilla, y que los pueblos se negaban á darle mantenimiento; que Valledo y Bracamonte le interceptaban los convoyes, y que sus soldados mermaban muriendo asesinados á manos de los paisanos, resolvióse á evacuar la capital. El 9 de noviembre salieron las tropas del Archiduque de Madrid en direccion á Toledo, después de cincuenta y un días que le habían tenido bajo su dominio. Apenas el pueblo de Madrid se vió desembarazado de sus incómodos huéspedes, cuando aclamó de nuevo á su rey Felipe V, dando al vuelo las campanas para celebrar el suceso.

Mientras Staremberg y Stanhope llegaban á Toledo con un cuerpo que no pasaba de seis mil hombres, el Archiduque se dirigió por Cienpueños á Zaragoza escoltado por un cuerpo de caballería. En Zaragoza se detuvo algunos días, pasando después á Barcelona, que recibió una impresion fatal al verle volver en tal estado, que indicaba la poca seguridad que tenía en sus tropas.

Staremberg evacuó á Toledo el 29 de noviembre, viéndose en la precision de salir de ella ántes de que el general portugués, conde de la Atalaya, pegase fuego á la poblacion como pretendía.

Los toledanos celebraron la salida de los aliados con las mismas demostraciones de regocijo que los madrileños.

El rey Felipe que se hallaba en Talavera de la Reina, al saber que Staremberg abandonaba á Toledo, levantó sus reales y se dirigió á Madrid, adonde llegó el 3 de diciembre. Lo primero que hizo fué visitar el templo de Atocha, y desde allí se encaminó á palacio, donde permaneció tres días, presenciando durante todo ese tiempo las frenéticas aclamaciones de la muchedumbre.

El día 6 volvió á salir de la capital tomando el camino de Guadalajara. Con él iba el generalísimo duque de Vendome.

Llegó á su noticia que el general inglés Stanhope se hallaba en Brihuega con ocho batallones y algunos escuadrones. Deseoso el Rey de dar algun golpe de consideracion al ejército enemigo, dispuso que se intentara cortar al general inglés todas las salidas de Brihuega. Al efecto, ordenó Vendome que se adelantara el marqués de Valdecañas con la caballería ligera hasta Torija.

El Marqués ejecutó lo que se le había mandado, con tal acierto y prontitud, que el día 8 al amanecer se encontró Stanhope encerrado en sus posiciones. Al medio día llegó el Rey con el grueso de las tropas y empezaron á batir los muros de la poblacion, que eran de bastante altura aunque sencillos.

En la confianza, Stanhope, de que Staremberg acudiría pronto en su socorro, se resistió valerosamente. Habiendo llegado un expreso de Bracamonte participando que Staremberg se acercaba con todo su ejército en auxilio de los sitiados, dispuso Vendome que se apresurara el asalto, destinando al efecto al conde de las Torres, al marqués de Toy y á los tenientes generales Zúñiga y conde de Merodi, mientras él con el conde de Aguilar se dirigieron con la caballería á detener á Staremberg.

El asalto fué sangriento y reñidísimo; y después de repetidos y numerosos ataques, que costaron gran número de víctimas, al llegar la noche Stanhope pidió capitulacion. Vendome, que había dejado apostada la caballería á media legua de Brihuega, cuando volvió á las ocho y vió la situacion en que se encontraba el inglés,

y que convenia poner término al combate, concedió la capitulacion pedida, quedando prisioneros de guerra incluso el mismo general Stanhope.

Esta accion de Brihuega se dió el 9 de diciembre y fué indudablemente la causa determinante del éxito que tuvo la que debía empeñarse muy pronto.

En tanto que los prisioneros eran conducidos por el conde del Real, que mandaba el regimiento de caballería de la Estrella, é internados en Castilla, el de Staremberg, que se acercaba por la parte de Villaviciosa con todo el grueso del ejército de los confederados, se presentó á la vista del de Felipe V puesto en órden de batalla.

La derecha de la primera linea del ejército de Felipe V estaba á las órdenes del marqués de Valdecañas con el general D. José Almendarvi y los mariscales D. Pedro Ronquillo y el conde de Montemar; la izquierda la mandaba el conde de Aguilar con el de Mahoni y D. José de Amézaga; el marqués de Toy con el de Lover y el mariscal conde de Harcelles tenía el centro. La segunda linea estaba mandada por el conde de Merodi, el marqués de Nabalmorecuere y D. Pedro de Zúñiga.

El Rey recorrió las filas para alentar á sus soldados.

El fuego comenzó por la artillería de Staremberg, una de cuyas balas hirió mortalmente, ántes de que la batalla se formalizara, al mariscal D. Pedro Ronquillo. Trabada la lucha, desde los primeros momentos se declaró en favor de los de Felipe V. El marqués de Valdecañas tuvo la fortuna de arrollar con su derecha la izquierda enemiga en que estaba el mismo Staremberg. En la izquierda, sin embargo, llevaban ellos la mejor parte, pues rechazados tres veces por el enemigo, se desconcertó completamente llevando el desórden al centro.

Hubo un momento que el duque de Vendome creyó perdida la batalla, y se llevó al Rey al sitio donde habían pasado la noche anterior, mandando al mismo tiempo al conde de Aguilar que retirara la infantería, lo cual éste ejecutó, aun cuando Valdecañas y otros generales que habían derrotado á los contrarios por el ala opuesta, le instaban que no abandonase el campo.

El conde de Mahoni, entre tanto, envolvió la artillería de Staremberg, apoderándose de toda ella, con sus bagajes y multitud de riquezas que habían sacado de los templos de Toledo y de Madrid; y atacó, en union con Bracamonte, al mismo Staremberg, que se defendió bizarramente. Estando en esto, llegó D. José de Amézaga con el regimiento de caballería de la Reina, que, arremetiendo furioso, desbarató por completo su cuadro.

Enviósele á Staremberg un emisario, que fué el sargento mayor D. Juan Morfi, para que se rindiera, puesto que se veía perdido y había hecho ya cuanto cumplía á un general.

Pidió el alemán una suspension de armas por la noche, ofreciendo que si á la mañana siguiente veía ser cierto lo que le aseguraban de que Vendome tenía intactos sus treinta batallones y cincuenta escuadrones se rendiría con su ejército.

Aun así Vendome continuaba en la creencia de que la batalla se había perdido: error de que participaban no sólo él sino otros muchos, puesto que al dispersarse su centro, hubo regimientos enteros que huyeron á la desbandada, uno de ellos, el que se llamaba de la Muerte, porque había sido el terror de los portugueses; y se cuenta que al ver huir este regimiento, uno de nuestros oficiales dijo á sus soldados: *¡Ea, soldados, ánimo! cuando la Muerte huye la victoria es nuestra.*

Aprovechando la oscuridad de la noche se retiró Staremberg del campo sin ruido de trompetas ni timbales. Al saberlo, pidió Mahoni tres mil caballos para cortarle la retirada; pero se le negaron por cierto resentimiento que con él tenía el de Aguilar, y lo único que se hizo fué encomendar á Valledo y Bracamonte que le fuesen picando por los costados y la retaguardia.

El día siguiente de esta memorable batalla, por la mañana, envió el Rey dos expresos, uno á su esposa y otro al rey de Francia; participándoles la victoria. En seguida pasó á la villa de Fuentes, en cuya iglesia se cantó un *Te-Deum* en accion de gracias, al tiempo que recibió otra nueva noticia, la de que D. José Valledo había hecho tres mil prisioneros más.

La batalla de Villaviciosa, una de las más importantes que se dieron en aquella larga y porfiada guerra, decidió en favor de Felipe V aquel trono que con tanto empeño le disputaba el archiduque Carlos.

Perseguido Staremberg por el marqués de Valdecañas, llegó á Zaragoza, donde permaneció hasta el 30, y una vez recogidas las pocas tropas que pudo, se dirigió á Cataluña, y no paró hasta entrar en Balaguer, siempre acosado por los nuestros.

El rey Felipe, después de haber tomado las disposiciones convenientes para cubrir la frontera de Portugal, se dirigió, aunque lentamente, hacia Zaragoza, donde entró el 4 de enero de 1711. Entónces fué cuando instituyó la festividad religiosa que se llama de Desagravios, que había de celebrarse anualmente en todas las parroquias del reino, para conmemorar los dos gloriosos triunfos obtenidos en Brihuega los días 9 y 10 de diciembre de 1710.



EL GENERAL STAREMBERG

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO XXX.

El general Staremberg.—Tropas francesas, á las órdenes de Noailles, penetran en Cataluña y toman á Gerona.—Rivalidad de los generales Noailles y Vendôme.—Es llamado á Viena el archiduque Carlos.—Queda Staremberg de virey en Cataluña.—Defensa del castillo de Cardona.

Aux cuando las jornadas de Brihuega y Villaviciosa, excepción hecha de la de Almansa, se reputan como de las más señaladas de aquella larga y porfiada guerra, y atendiendo que fueron las últimas campañas que de alguna consideración se empeñaron, se las juzga como decisivas para afirmar en las sienes de Felipe V la corona de España; por si solas no habían bastado á poner término á la lucha fratricida que por espacio de nueve años venía desgarrando el seno de la patria, si acontecimientos de que muy en breve vamos á dar cuenta no hubieran venido á cambiar por completo la política de la diplomacia europea.

Porque, á la verdad, situaciones más comprometidas, causas que se consideraban más desahuciadas que aquella en que quedaba el archiduque Carlos despues de aquella primera guerra, han podido rehacerse y trocar á su favor los azares de la fortuna. Más destruidos, en peor situación habían quedado los ejércitos de Felipe V despues de la desastrosa batalla de Zaragoza, y sin embargo, bastaron algunos meses para rehacerlos de modo que pudieran emprender una serie de triunfos que les llevaron á ponerse en el estado ventajoso que ahora los vemos.

Si el general Staremberg hubiese podido reunir sus fuerzas con las de Stanhope ántes de que éste se hubiese visto obligado á entregarse con su ejército, difícil es conjeturar cuál hubiese sido el éxito de la batalla de Villaviciosa; pero sea por falta de tiempo, sea porque realmente la superioridad numérica de los de Felipe V le impidió el paso, lo cierto es, que cuando Staremberg se vió en la precisión de aceptar el combate, se encontraba ya no sólo muy inferior en número, sino que, además, tenía la impresión moral que en los suyos había de ejercer la pérdida de Stanhope; áun así sostuvo la lucha heroicamente, de tal manera, que hizo dudar á sus mismos contrarios de si la victoria pertenecía en realidad á ellos, y áun el mismo general en jefe Vendôme, despues de terminada la batalla, persistió por largo tiempo en la creencia de que se había perdido.

Retiróse Staremberg del campo de batalla, sin que sus tropas fuesen desordenadas, cediendo la fortuna de la victoria á sus contrarios por falta de caballería solamente, y sorprende, á la verdad, cómo sus enemigos no supieron cortarles aquella retirada: torpeza no igual, sino mayor que la que los aliados cometieron despues de la batalla de Zaragoza; pues por las condiciones del terreno y la diferencia numérica de unas y otras fuerzas, era más factible ahora que Staremberg, con todo su ejército, hubiese tenido que sucumbir acorralado por el enemigo.

Convencido este ilustre general de que era inútil resistir con sus escasas fuerzas á un enemigo que dominaba no sólo las Castillas, sino que avanzando ya hasta el valle de Aran y el llano de Vich, y que sólo contaban los partidarios del Archiduque con la plaza de Barcelona y dos ó tres más, como Cardona y Tarragona, despues de haber llegado con su pequeño ejército á la capital del Principado, pidió licencia para retirarse á su casa, fundándola en la mala suerte que había tenido, y no concediéndosela el Archiduque, acampó entre Igualada y Martorell.

En connivencia con el Rey y con Vendôme, y segun lo acordado en Valladolid, mientras que las tropas de Felipe se iban apoderando de todos los puntos de alguna importancia que áun conservaban los aliados por Aragón y Cataluña, el general francés, duque de Noailles, con las tropas de que disponía en el Rosellon, atravesó la frontera y penetró por Cataluña en dirección á Gerona, abriéndose paso por entre la multitud de obstáculos que le oponían las partidas de voluntarios catalanes que se levantaron en las montañas y el rigor de la estación, que era uno de los inviernos más crudos que se habían conocido.

Mientras el marqués de Valdecañas se apoderaba de Estella, Graus y Benabarre y del condado de Ribagorza, y tomaba posesión de Balaguer, que los confederados habían dejado abandonado con ocho cañones y dos morteros que no pudieron llevarse los enemigos, llegó á mediados de diciembre de 1710 el duque de Noailles frente á Gerona, poniéndose inmediatamente á cercarla, con tal empeño, á fin de que los aliados ó los naturales no pudiesen obligarle á levantar el sitio ántes de conquistarla, que sin arredrarle las lluvias y las inundaciones constantes, y que desbarataban sus obras de ataque, haciendo trabajar á sus soldados extraordinariamente, fué apoderándose paso á paso de torres, puertas y bastiones. A este punto llegaba cuando el 25 de enero de 1710 los sitiados de la plaza pidieron capitulación, comprendiendo que ya no existía defensa posible.

El día 1.º del mes siguiente entró el duque de Noailles en Gerona, publicando un bando de perdón general, que hizo extensivo á todos los naturales de las comarcas inmediatas que prestaran sumisión y obediencia al rey de Castilla. En su virtud quedó todo el Ampurdan pacificado y sometido al rey Felipe, y el de Noailles pasó á Zaragoza, donde el Rey le dió por premio y recompensa la grandeza de España, y á sus dos tenientes generales, Beaufront y Estaya, el Toison de oro.

Seguía el de Vendôme en el interin en una inacción inexplicable consumiendo el ejército un tiempo que no era de despreciar.

Achacaba él la paralización en que permanecía á la falta de provisiones de que culpaba á los asentistas, los cuales abusaban escandalosamente de su bondad y del descuido con que generalmente miraba la parte administrativa.

A este propósito se refiere una anécdota que no queremos dejar pasar en silencio.

El duque de Vendôme pidió al Rey cinco mil doblones para rendir el castillo de Cardona. El Rey le mandó un expreso á D. Melchor Macanaz para que le facilitase al duque de Vendôme aquella cantidad. La ciudad de Zaragoza prestó el dinero á Macanaz, quien lo puso á disposición del de Vendôme, dirigiéndose en seguida á Madrid, donde le llamaba el Rey.

Sorprendióse éste á la presencia de Macanaz (segun éste cuenta en sus Memorias), pues no creía que hubiese cumplimentado tan pronto su orden, pero cuando le aseguró que el dinero estaba ya entregado á Vendôme, le dijo el Rey:—«Yo bien sé que este dinero se perderá como el demas que hasta aquí se ha enviado, y que el castillo no se tomará; pero como ya no hay que temer á los enemigos, no he querido disgustar al duque de Vendôme, sino dejarle hasta que reconozca que está engañado de los que tiene cerca de sí.—Y añade Macanaz, «que, á la sombra de la bondad y desinterés del duque de Vendôme, los asentistas y proveedores medraban y prosperaban, mientras que el ejército carecía de todo: que Vendôme era un general entendidísimo en la guerra, pero que aborrecía ocuparse en los detalles de la administración, y tan desinteresado ya, que hasta descuidaba el gobierno económico de su casa, y que todos sus criados le robaban.»

Más la verdadera causa que á Vendôme tenía inactivo era que el duque de Noailles se propuso embarazar todas sus operaciones, dando largas á las órdenes que de él recibía, por cierta emulación y mal querencia que entre uno y otro existía.

Los acontecimientos de trascendencia de que al principio de este capítulo hablamos, y que sobrevinieron á poco de la batalla de Villaviciosa, fueron dos. El primero de ellos, la caída de los whigs en Inglaterra, y la elevación al poder de los torys, cuyas ideas respecto á la Francia eran conciliatorias y deseaban á todo trance poner término á la guerra; por lo que era de temer que el archiduque Carlos ya no recibiera en España auxilio alguno directo de la Gran Bretaña. El segundo suceso á que nos referimos y que fué en realidad el que cambió por completo la faz de la política, como puede comprenderse á su simple enunciación, fué el fallecimiento del emperador de Alemania, ocurrido el 17 de abril de 1711. Por aquellos días también falleció el Delfín de Francia, padre, como sabemos, de Felipe V.

Como la guerra de Sucesion se promovió y sostuvo principalmente porque las potencias marítimas y el Austria alegaban que era contrario al bienestar de Europa la eventualidad de que pudiesen llegar á verse reunidas en una sola persona las coronas de Francia y España á la muerte del emperador de Alemania, resultaba que el mismo inconveniente presentaba el que la monarquía española pasara á manos del Archiduque, á quien se designaba como el más probable para ser elevado al Imperio por los electores de la Dieta.

En efecto, elegido emperador, fué llamado á Viena. Resuelto él á aceptar la corona imperial, determinó trasladarse allá, dándose á la vela en Barcelona con una escuadra inglesa el 27 de setiembre con rumbo á Italia.

Quedó Staremberg de virey y capitán general en Cataluña con las pocas fuerzas de que disponía, y que en su mayor parte tuvo que replegar hacia la capital del Principado para proteger la salida del archiduque Carlos.

Apénas había partido su soberano, el general alemán reconcentró todas sus fuerzas en Prats de Rey, mientras el de Vendôme, que se hallaba en Cervera, salió á buscarle con las suyas. A la proximidad del ejército francés, el de Staremberg no creyó prudente entablar una lucha tan desigual, y retiró su campo en dirección á las montañas.

En la imposibilidad que se veía Staremberg de medir sus fuerzas con las de Vendôme en acción formal, dedicóse exclusivamente á distraerle, aparentando movimientos sobre puntos determinados sobre los cuales nada intentaban de positivo. Sobre Tortosa quiso dar un golpe de mano, pero rechazado vigorosamente, tuvo que desistir de su empeño, dejando, entre prisioneros, heridos y muertos, más de mil de los suyos.

En noviembre de aquel mismo año las tropas de Vendôme se apoderaron por fin, despues de una porfiada y vigorosa resistencia, de Cardona, quedando sin rendir el castillo, donde los sitiados se retiraron, y al terminar el año de 1711, el general Vendôme tuvo que levantar el sitio y ataque de aquel castillo con pérdidas considerables de hombres y de caballos. Algunos autores imputan el malogro de aquel sitio á que el ingeniero jefe encargado de las baterías estaba en inteligencia con el duque de Noailles, y puso cuanto pudo de su parte para que el general Vendôme quedase deslucido; pero la verdad es que no existen datos en que fundamentar tal suposición.



LA REINA ES CONDUCTIDA Á CORELLA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.